

Correo Médico Castellano

REVISTA QUINCENAL DE MEDICINA, CIRUGIA, FARMACIA
Y CIENCIAS AUXILIARES



CRÓNICA DE LA QUINCENA

LA LISTA DE LOS MOROSOS.—EL CÓLERA DEL AÑO PRÓXIMO.—LA EXPOSICION DE LA
PRENSA.—ACADEMIA DE MEDICINA.



CONSTANTEMENTE vemos aparecer en muchos de nuestros colegas profesionales amistosas *Advertencias* en que se recuerda á sus respectivos suscritores la puntualidad en el pago de sus abonos; y como tales avisos se repiten con gran frecuencia, lógico es sospechar que son desatendidos completamente por el mayor número de aquellos á quienes se dirigen. Periódicos de tanta importancia como *El Génio Médico-Quirúrgico*, *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, *Los Avisos* y otros varios de Madrid y de provincias han emprendido en vano una enérgica campaña contra esos *vividores*, tan exigentes para pedir como olvidadizos para dar, y tan activos para reclamar como indolentes para cumplir el sagrado compromiso de satisfacer sus deudas.

Tambien nosotros estamos siendo víctimas del incalificable abuso que ha causado la muerte de muchos apreciables periódicos profesionales; pero resueltos á hacer valer nuestros derechos, preparamos una lista de suscritores morosos en la que

serán incluidos todos aquellos que se hallen en descubierto en nuestra Administración el 20 de Diciembre próximo, de la cual haremos una gran tirada, que repartiremos profusamente y cuidaremos de remitir á todos nuestros colegas para que no sea sorprendida su buena fé por esos *irregularistas de oficio*.

Hora es ya de que extirpemos de raíz una costumbre que ha degenerado en abuso por la excesiva complacencia de las empresas periodísticas ó por otras causas que desconocemos; y mucha será nuestra satisfaccion si la conducta que pensamos adoptar es imitada por los demás colegas, siquiera no sea más que para *moralizar* á los suscritores morosos.

*
* *

Aunque la epidemia colérica continúa dando fehacientes pruebas de su existencia en las provincias de Huelva, Navarra y Vizcaya, la *Gaceta* ha dejado de publicar los partes que consignaban la marcha de la enfermedad, en cumplimiento de una Real orden de 19 del actual que así lo ha dispuesto, fundándose en el buen estado sanitario que se disfruta en *toda* la Península.

Puesto que el silencio del periódico oficial significa que el cólera ha desaparecido de España, hagamos caso omiso de los casos que están ocurriendo en la isla Cristina, en Tudela, en el Valle de Mena, en la cárcel de Logroño y en el distrito minero de Bilbao, para decir *urbi et orbi* que teniendo en cuenta el Ministro de la Gobernacion los recelos manifestados por la prensa acerca de la reaparicion de la epidemia, vá á tomar las debidas precauciones extinguiendo los focos coléricos que han dado mayores muestras de actividad morbífica en el verano último. El Ministro y sus asesores se ocupan sin levantar mano (frase de *La Correspondencia*) en demarcar las zonas epidémicas de la Península, contra las cuales se disparará el material y *personal* (esto último sobre todo) necesarios para evitar la reproduccion de la enfermedad.

Por supuesto que, aunque no se tomen otras medidas de más importancia y alcance, esto dará lugar al nombramiento de *delegados* y *delegaditos*, con lo cual, si no se consigue destruir el gérmen morbífico, se logrará satisfacer la ambicion personal mal reprimida de algunos caballeros especialistas en todas las epidemias y epizootias conocidas y por conocer.

*
* *

¿Y qué es de la exposicion presentada por la prensa profesional al Ministro de la Gobernacion, en solicitud de que se derogue la real órden que fija un plazo de treinta dias para incoar los expedientes de pension de las familias de aquellos comprofesores que han sucumbido cumpliendo con sus deberes en la pasada epidemia? Suponemos que, á pesar de las promesas, estará arrinconada; puesto que desde que se presentó ha habido tiempo más que suficiente para resolverla en uno ú otro sentido.

Cuando el cólera se enseñoreaba de nuestras provincias y se veía la generosidad y abnegacion de los facultativos, los ofrecimientos de regenerar la asendereada clase médico-farmacéutica menudeaban de tal modo, que casi casi creimos asegurada nuestra felicidad. Pero como el chubasco ha pasado ya, y se han dado al olvido los servicios prestados por los médicos en los momentos de zozobra, nuestras pretensiones, por más que sean justas y humildes, sólo obtienen aquella conocida respuesta: *Si te he visto, no me acuerdo.*

*
* *

La Academia de Medicina y Cirugía de esta Ciudad celebró anteanoche la sesion inaugural del curso de 1885 á 1886, en cuyo acto leyó el Dr. Díez (D. Antonio) el discurso que nuestros suscritores pueden ver en otro lugar de este número, y nuestro director una Memoria-resúmen de los trabajos científicos del curso anterior, la cual publicaremos en el número próximo.

Aunque el acto revistió cierta solemnidad, notamos que el entusiasmo de los pocos académicos que asistieron era algun tanto *glacial* y de funestos resultados para la vida futura de la Academia.

Nos alegraríamos equivocarnos en nuestra apreciacion y, sobre todo, en el presagio que de ella deducimos.

DR. L. SOLANO.

*

● **SECCION DOCTRINAL** ●

*

LA ANTIPIRINA Y SUS APLICACIONES

EN LA

FIEBRE TIFOIDEA

POR EL

Ldo. D. Cipriano Romero Tolosa,

Médico-cirujano titular de Arabayona de Mógica (Salamanca)

~~~~~



EN el número 42 de *La Correspondencia Médica* perteneciente al 8 de Diciembre del pasado año y en su sección titulada *Revista de Terapéutica*, leí por primera vez que el Dr. Knorr había enriquecido el ya vasto campo de la Materia médica con un nuevo agente derivado de la quinoleína y obtenido por síntesis, como también que esta sustancia fué estudiada después por Filehene, Henocque, Huchard y otros, habiéndola el primero de estos bautizado con el nombre de *Antipirina*, y todos ellos dado á conocer los resultados de sus experimentaciones fisiológico-terapéuticas, viniendo á formular en última conclusión que, si no el más eficaz, es uno de los mejores antitérmicos conocidos.

Esta misma conclusión ví luego corroborada en los números 14 y 15 del CORREO MÉDICO CASTELLANO, donde ya se vislumbraban las grandes indicaciones que la *Antipirina* está llamada á llenar en todas aquellas enfermedades en que el más importante y trascendental síntoma es la fiebre, ó mejor aún la hipertermia, que es su principal factor; pero nada de esto había llamado, sin embargo, profundamente mi atención, hasta que en el mismo periódico leí un bien escrito artículo, sobre el mismo agente terapéutico, firmado por mi querido condiscípulo el ilustrado catedrático de la Facultad de Cádiz, Dr. Sanchez Herrero, el que encomiando las virtudes del medicamento y aconsejando su uso, nos hacía ver en sus escrupulosas observaciones los buenos resultados que venían á ser una exacta confirmación de los obtenidos por los ya citados experimentadores.

Animado, pues, por la exacta aunque poco numerosa estadística, y más aún por la autoridad y crédito científico del Dr. Sanchez Herrero, me decidí á emplear la *Antipirina* en mi práctica rural; y al efecto, comencé su administración en dos enfermos de tuberculosis pulmonar que á la sazón tenía en tratamiento. Uno de ellos estaba en el tercer período, y el otro en el fin del segundo de tan terri-

ble padecimiento, y en ambos consumía su organismo una intensa fiebre en que la curva térmica, oscilando levemente, nunca bajaba de la cifra 38°6, y siempre en la noche alcanzaba la desconsoladora de 40°, á pesar de haber estado sometidos largo tiempo al tratamiento antitérmico con el sulfato y valerianato de quinina, ya solos, ya asociados á los preparados de digital.

Suspendida esta medicacion, administré á uno de ellos 4 gramos de antipirina; y, como había supuesto, pasadas que fueron seis horas, el termómetro clínico me daba é conocer el gran poder antitérmico del medicamento, pues su columna que antes subía cerca de los 40°, había descendido á 38°5, siendo aun más baja en la observacion de la siguiente mañana que sólo llegó á la cifra de 38°1. Este descenso fué precedido, segun se me dijo, de un abundantísimo sudor y seguido de un bienestar no sentido hacía tiempo, y para que fuera mayor mi satisfaccion, este descenso y consiguiente alivio no fué tan fugaz como yo esperaba, sino que, con una ligera exacerbacion nocturna, se prolongó por espacio de cuarenta y ocho horas.

Con escasa diferencia, los mismos resultados vino á darme segunda vez usada en el mismo paciente, y dos más en el otro tuberculoso que estaba en el fin del segundo período. Claro está que no se consiguió con la antipirina la curacion de estos enfermos, segun por algunos pudiera objetarse, pero cuenten que no me proponía tamaño imposible, porque estoy íntimamente convencido de que nada puede oponerse á la fatal marcha de la tuberculosis pulmonar; y en obsequio á la verdad he de decir que conseguí prestar algun alivio á los enfermos, así fuera poco duradero, restando factores del proceso morboso general, ó sea rebajando la excesiva hipertermia de su enflaquecido organismo.

Ante tales pruebas, ya no me quedaba la menor duda de la utilidad incontestable de este nuevo agente terapéutico en la práctica de la Medicina, el cual debía con sobrado motivo figurar el primero entre todos aquellos que, por tener la propiedad de disminuir las altas temperaturas de los febricitantes, más bien que el de antitérmicos les cuadra el nombre de hipotérmicos ó hipotermogénicos; y en consecuencia no podía ménos de considerarle como un medicamento *ad hoc* en el tratamiento de aquellas tifoideas en que, poco desarrollados todos los demás fenómenos, la fiebre viene á ser la única causa de la muerte, por las grandes perturbaciones dinámicas y de nutricion que produce en el organismo. En su virtud, no dudé emplear la antipirina en un enfermito tifoideo, que poco despues se presentó en mi clínica, y más tarde en otros tres de la misma enfermedad que tuve ocasion de visitar, y cuyas observaciones clínicas, que son las que motivan el epígrafe de este desaliñado artículo, expongo á continuacion.

La primera recayó en un niño de este pueblo, de 12 años de edad, llamado Antonio Bellido, que llevaba dos dias en cama cuando fuí llamado para visitarle. En los cinco primeros dias de asistencia facultativa, sólo presentaba este enfermo los síntomas que caracterizan el *Catarro gástrico agudo* de Jaccoud, ó mejor aún la *Fiebre gástrica* de Pinel, y entre ellos no dejaban de llamar mi atencion la alta fiebre é intensa cefalalgia, que nada cedían á pesar del tratamiento

empleado: pasados estos días, aparecieron nuevos síntomas que agravando aquel cuadro morboso vinieron á hacer variar mi diagnóstico, pues se presentaron epíxtasis, delirio con apatía intelectual, meteorismo con gorgoteo en la fosa iliaca derecha, temperatura mínima de  $38^{\circ}8$ , y máxima de  $40^{\circ}1$  con pulso que variaba entre 105 y 130, y por fin en el término de cuarenta y ocho horas se manifestó en toda su plenitud el síndrome de la fiebre tifoidea.

Desde el día quinto de mi observación empecé á llevar la curva térmica, y de ella vine á deducir que estaba tocando á su fin el estadio de aumento ó pirogenético y entraba en el de fastigio con ligeras oscilaciones ascendentes, llegando el día séptimo (entiéndase, como en lo sucesivo, de mi asistencia) á la cifra de  $39^{\circ}4$  en la mañana y  $40^{\circ}3$  en la noche con 136 pulsaciones al minuto. Estaba usando en este día un cocimiento de zaragatona con acetato de amoníaco y jaraabe de digital, una pocion alcoholizada de extracto blando de quina, dieta de caldos y el oportuno tratamiento local, en el que figuraban los fomentos fríos de oxicato á la region frontal. En la mañana siguiente, no habiendo alteracion en el cuadro sintomatológico, le dispuse una disolucion de 60 centigramos de sulfato de quinina, para que la tomara en tres dósís con tres horas de intérvalo, usando bebidas ácidas y luego continuar con la pocion del extracto de quina; pero nada llegué á conseguir como lo probó la escala centígrada del termómetro, que á las diez de la noche señalaba la cifra de  $40^{\circ}2$  y á las siete del otro día, que era el noveno, la de  $39^{\circ}5$ ; por cuyo motivo continuó en el uso de la disolucion de sulfato de quinina, á dósís de 50 centigramos, alternando con el cocimiento antiséptico incompleto y alcanforado que sustituí por la pocion del extracto de quina, medicacion á que siguió sometido el día siguiente en que la temperatura se elevaba á la enorme cifra de  $40^{\circ}6$ .

Bastante intranquilo me tenia la persistencia de la elevada temperatura que el pequeño enfermo presentaba hacía cuatro días, pues si bien no existian esas grandes alteraciones y transformaciones de tejidos en los órganos abdominales, llamadas por algunos con bastante propiedad *neoplasias tíficas*, que siempre guardan relacion con la hipertermia del enfermo, en cambio se habian acentuado con bastante exageracion los síntomas nerviosos, siendo el delirio sustituido por el estado comatoso con su correspondiente facies de estupor y su salto de tendones, lo cual hacía muy grave su estado y evidenciaba que el líquido sanguíneo, alterado por el veneno tífico por una parte y tan excesiva hipertermia por otra, habia interesado en alto grado los centros cerebro-espinales. Mas no siéndome posible dirigir la medicacion contra el primero de estos factores, por no conocerse todavía su neutralizador, lo hice contra el segundo; y hallando que en la tarde del día once la temperatura del enfermo se elevaba á  $40^{\circ}4$ , le propiné un baño frío de seis minutos de duracion, administrándole despues, segun aconseja el eminente patólogo Mr. Peter, la disolucion de sulfato de quinina, remedios que volvieron á usarse el día siguiente, por no permitir los padres del enfermo que empleara las afusiones frias segun el método de Jaccoud. Con este tratamiento no conseguí más que retardar por cuatro horas la subida de la columna termométrica, pues á las diez de la noche daba la misma cifra que el día

anterior, y á la mañana siguiente la de  $39^{\circ}6$ . Por este motivo llegué á temer que tal estado no podia prolongarse muchos dias sin grave peligro, sino conseguia disminuir tan exagerada temperatura, puesto que por sí sola podia acarrear un próximo y funesto resultado producido por los consiguientes trastornos de los centros nerviosos y circulatorios, ya fueran de estos la insuficiencia cardiaca, ya de aquellos el agotamiento de su excitabilidad funcional. En virtud de estas razones, despues de pasadas treinta horas del último baño y cerca de veinticuatro que sólo estuvo sometido á caldos con vino, bebidas ácidas y al tratamiento local indicado, le administré dos gramos de antipirina, divididos en tres dosis, para tomar con intervalo de dos horas. En la visita de la tarde, me abstuve de aplicar el termómetro por hallarse el enfermo cubierto de un copioso sudor que, segun relacion de sus padres, había empezado poco despues de tomar la segunda dosis; pero llegada la visita de la noche y habiendo dejado por quince minutos en su axila el termómetro clínico, tuve la satisfaccion de ver que la columna había descendido á la cifra de  $38^{\circ}6$  cuando otros dias á la misma hora subia á  $40^{\circ}6$ .

Segun pueden comprender mis compañeros, yo no podia atribuir aquella brusca remision térmica ni á los efectos del tratamiento antes empleado, ni á una espontánea y rápida evolucion del proceso morboso, forma impropia de terminar la fiebre tifoidea, porque la defervescencia siempre se efectua por lisis, y sí únicamente á la accion hipotérmica de la antipirina, cuyos efectos se dejaban sentir al siguiente dia, ó sea décimo cuarto, en que con remision de todos los síntomas tenia veinte pulsaciones ménos en la radial y ocho décimas ménos que las temperaturas matinales de dias anteriores. El dia décimo quinto, volvió la temperatura febril á alcanzar la cifra de los pasados dias, con un pulso que latía 140 veces en el minuto y exacerbacion de todos los síntomas; por lo cual le dispuse segunda vez la antipirina, que tomó en las mismas dosis, forma y hora que la primera, y, como entonces, se presentó algo de sudor que, sin ser tan abundante ni de tan larga duracion, no dejó por eso de llevarse tras sí un grado y seis décimas de calor y diez y ocho pulsaciones arteriales, descenso que continuó y aumentó todo el dia posterior, que se sostuvo la temperatura axilar sin pasar de los  $39^{\circ}$ . Desde este dia empezaron las oscilaciones descendentes y con ellas la paulatina desaparicion de las perturbaciones hematopoyéticas, entrando pocos dias despues en una verdadera convalecencia.

No dejándome nada que desear esta primera experimentacion, esperaba con ansia nuevas pruebas cuando la casualidad vino á darme pronta ocasion de ampliar estos ensayos; pues el dia 2 de Junio, teniendo todavía en la convalecencia al Antonio Bellido, fuí llamado en consulta para otro niño de siete años en el inmediato pueblo de Villoruela. Una vez enterado de su estado y completamente conforme con el médico de cabecera, el joven titular de aquella localidad don Victoriano Gonzalez, corroboré su diagnóstico de fiebre tifoidea con predominio de síntomas atáxicos, como asimismo que se hallaba en el fin del segundo septenario, correspondiendo la curva térmica al estado de fastigio con temperatura que oscilaba entre la cifra mínima de  $39^{\circ}4$  y la máxima de  $40^{\circ}7$ , acompañada de 110 á 120 pulsaciones

en la mañana y de 130 á 140 en la noche. Había llenado todas las indicaciones que tan grave enfermedad reclama, sin olvidarse de los baños generales y los alcaloides de la quina, que estaba usando á mí llegada, pero sin haber logrado mitigar aquel imponente cuadro sintomatológico. En su vista, teniendo en cuenta la alta fiebre que minaba el tierno organismo del enfermo, y que con los antifebriles empleados no se había conseguido romper la unidad térmica, propuse, y mi digno compañero aceptó gustoso, administrarle la antipirina al siguiente día, puesto que en aquella ocasión aún no había concluido la disolución del sulfato de quinina. Tan luego como pasaron veinticuatro horas, se le dieron dos gramos de antipirina en la forma ya dicha, y según observación del Sr. Gonzalez, tras un ligero sudor se presentaron sus efectos hipotérmicos bien marcados, hasta el extremo de bajar la columna termométrica 1°7, y como este alivio continuara al siguiente día, en que por segunda vez visité al pequeño enfermo, convinimos en no usar más que el correspondiente tratamiento dietético mientras no volviera á elevarse con alguna intensidad aquella tan rebajada temperatura, en cuyo caso se le administraría nueva dosis del medicamento en cuestión. Después supe por mi compañero que no tuvo necesidad de volver á su empleo, porque desde aquel día comenzó á evolucionar favorablemente la enfermedad, llegando en breve tiempo á su completa curación.

El mismo Sr. Gonzalez me había indicado que en una casa contigua asistía á otros dos tifoideos; y estando hablando de ellos se presentó la madre de los enfermos para decirnos «que si creíamos que á sus hijos les estaría bien la medicina que tanto y tan pronto había mejorado al de aquella casa, que deseaba proporcionársela costara lo que costara, á pesar de su escasez de recursos;» y como lo que mi compañero y yo deseábamos era sumar nuevos hechos, nos vino como de molde este rasgo de madre, tanto que al siguiente día el mayor y más grave de los dos hermanos enfermos (de 13 á 15 años) que se hallaba en el tercer septenario de una fiebre tifoidea de forma adinámica, comenzó á tomar la antipirina á la dosis de 3 gramos en la forma establecida, la cual produjo, aunque sin sudor, los efectos hipotérmicos consignados en las otras dos observaciones y el correspondiente descenso de todos los síntomas que, unidos á las altas temperaturas, tenían en grave peligro la vida del paciente.

Cuando su médico Sr. Gonzalez me hizo saber el resultado del caso anterior, ya tratamos de someter al otro enfermo tifoideo á la misma medicación, siempre que la elevada y estacionaria temperatura lo hiciese necesario, con cuyo motivo tendríamos la cuarta observación. Así debió suceder, según después supe, pues le administró la antipirina, teniendo la satisfacción de que sus efectos fueran tan ostensibles y favorables como en los casos anteriores.

Me había propuesto ser mero narrador de los hechos observados, pero voy á exponer algunas ligeras consideraciones á ellos referentes que sirvan de conclusión á este artículo.

¿Responde á una indicación racional el empleo de la antipirina en la fiebre tifoidea? Yo así lo creo, pues si la fiebre denota perturbación ó aumento en las combustiones orgánicas, y las grandes combustiones ú oxidaciones dan por resultado la consunción ó autofagia;

si por ende tenemos en cuenta que la excesiva hipertermia que acompaña á estos cuadros patológicos provoca trastornos importantes para la vida metamorfoseando la estructura de los órganos, y por tanto, alterando su funcionalidad; y si, por fin, consideramos que sólo el síntoma fiebre en esta como en otras muchas enfermedades, extraña más grave peligro que las perturbaciones patológicas que la desenvuelven, nada más racional que eliminar en cuanto sea posible ese fuego intraorgánico para evitar ulteriores peligros, y en su razon nada más lógico y útil que emplear un agente terapéutico que, como la antipirina, sirva para conseguir este objeto, debiendo figurar por lo mismo, y segun dije al empezar este escrito, como el primero y mejor de todos los hipotérmicos. Para mayor prueba de esta afirmativa conclusion, debo decir que siendo hoy imposible llenar las indicaciones etiológica y patogénica en esta clase de enfermedades, tenemos que limitarnos al tratamiento sintomático y de él preferir el que se dirige á rebajar la fiebre, que de síntoma que es, se convierte muchas veces en principal enfermedad y causa única de la muerte del enfermo; hecho que está probado con las observaciones de Cl. Bernard, de las que viene á deducir «que cuando en un mamífero se eleva la temperatura artificial en cuatro ó cinco grados, la muerte es pronta é irremediable;» afirmacion hoy sancionada con nuevas experimentaciones, que evidencian ser incompatible con la vida una cifra térmica que llegue ó pase de los 42° y en ellos se sostenga por cuarenta y ocho horas: ahora bien, el médico debe evitar á toda costa que la temperatura alcance tal cifra, y para ello nada mejor que emplear la antipirina, que tan preferentemente llena esta indicacion, dando lugar á que el organismo, libre ya del más temible enemigo, pueda reaccionar sobre el elemento ó causa morbífica.

¿Cómo obra la antipirina para producir sus efectos hipotérmicos? Esta es, como otras muchas de la ciencia médica, una incógnita aún no despejada; y todo cuanto de ello hasta hoy se ha escrito no deja de ser hipotético, como dice muy bien en el artículo citado mi amigo el Dr. Sanchez Herrero. Unos dicen que obra como sedante del sistema nervioso en general y más especialmente sobre el gran simpático; otros que sobre el líquido sanguíneo alterado en su composicion físico-química; algunos que, dada la naturaleza infecciosa de la fiebre tifoidea, obra como un verdadero antiséptico ó quizás como un antídoto del veneno que la engendra; y, por fin, la consideran como parasiticida los que perteneciendo á esta escuela, dicen ser producida esta enfermedad por los microorganismos á que dan el nombre de bacterias; pero, como todavía no se haya dicho nada en concreto, debemos abandonar este intrincado campo de las hipótesis y, humillándonos ante la innegable lógica de los hechos, contentarnos con saber que es excelente hipotérmico.

No es la idea de la exhibicion la que me ha guiado á escribir estos mal perjeñados renglones, pues me considero el ménos idóneo de todos los que se dedican al estudio de la ciencia de Hipócrates, y, tanto por esta razon como por aguardar á que nuevas pruebas vinieran á dar á este agente terapéutico la debida importancia, habia retrasado la publicacion de estas incompletas observaciones. Sólo me proponía hacer más ostensibles los maravillosos resultados

que se obtienen con la antipirina en todas las enfermedades febriles, y muy particularmente en las tifoideas, y recomendar á mis compañeros, que no dejen de usarla en idénticas circunstancias, á fin de que no suceda con este precioso agente lo que con otros muchos de cuyas virtudes se pretendió hacer en un principio una panacea para despues relegarles al más completo olvido, no dejando rastro ni recuerdo alguno de su paso fugaz por la práctica de la Medicina.

---

## ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE SALAMANCA

---

### DISCURSO

LEIDO

EN LA SESION INAUGURAL DEL CURSO DE 1885-86

POR EL

DR. D. ANTONIO DIEZ GONZALEZ,

Miembro fundador de dicha Academia.

---

*Señores Académicos:*



L presentarme ante vosotros para cumplir con el deber que el Reglamento me impone, al considerar que he de dirigirme en este dia á los poseedores de la ciencia, ya encanecidos los unos en el árduo y poco remunerado trabajo de la enseñanza, cuyo principal objeto es conducir á la juventud estudiosa por el verdadero camino del saber, mostrándola el derrotero que ha de seguir, los escollos que debe evitar, y adornados los otros de vastísimos conocimientos científicos, el ánimo vacila, las fuerzas desfallecen, y en verdad ¿qué puedo yo exponer que no sea perfectamente conocido? Por lo tanto, tened en cuenta que sólo obligado por las circunstancias, contando con vuestra benevolencia y la del tan inteligente cuanto entusiasta auditorio que, ávido de la verdad, se asocia siempre á los levantados propósitos que nos animan, ha podido decidirme á tomar parte con mi pobre palabra en este solemne acto académico.

Mas no puedo ménos de reconocer mi desventajosa posicion, pues siendo el último soldado de esta milicia científica, tendreis que conformaros, bien á mi pesar, con oír un discurso desprovisto de las seductoras galas de la oratoria, que tanto agradan al público á la par que enaltecen al orador.

En efecto, el que se dedica á la penosa é ingrata práctica de la Medicina y pisa de continuo un campo sembrado de espinas y abro-

jos, no se siente por lo comun inclinado ni cuenta con el tiempo suficiente para hacer excursiones por el florido vergel de la poesía.

El que se halla rodeado por doquier de lágrimas, de miseria, de dolientes ayes y lastimeros quejidos, en lucha de continuo con la muerte, no puede cultivar aquellos agradables estudios de los que decía Ciceron: *Hæc studia adolescentiam alunt senectutem obletant secundares ornant*; sino que tiene que atender con preferencia á los que pueden enjugar aquellas lágrimas, socorrer aquella miseria, sofocar aquellas desdichas, ahogar aquellos ayes, contener aquellos quejidos y embotar siempre que le sea posible el filo de la guadaña de la muerte.

Finalmente, vuestra tolerancia tiene que dispensarme algo más; cual es, la eleccion de punto, que tal vez no será de vuestro agrado, pues arrastrado por el afan de filosofar y seducido por los elegantes y vistosos ropajes con que la Filosofía se engalana, ó acaso influido por la moda, la cual penetra tambien en los dominios de la ciencia, he dado la preferencia á una cuestion filosófico-fisiológica, proponiéndome dilucidar *el concepto que la ciencia debe tener del hombre*, ó en otros términos: ¿Qué es el hombre en el estado actual de la ciencia? ¿Qué conocimientos debe poseer el que se dedica á combatir sus múltiples y variadas afecciones?

Obtenida vuestra vènia, voy á ocuparme de la primera parte del enunciado, á saber: ¿Qué es el hombre en el estado actual de la ciencia? La filosofía y fisiología, á las que principalmente pertenece el tema que me he propuesto desarrollar, han sufrido, en la série de los tiempos, las mismas vicisitudes que los demás ramos del saber humano; las ideas filosóficas de cada siglo han impreso tambien su indeleble sello en la ciencia de la vida; y si, á la verdad, hasta el siglo xvi parece, segun algunos críticos, no hubo tratados completos de fisiología, se atreven á sostener otros que el origen de esta ciencia es tan antiguo como el hombre, fundándose para ello en que éste, dotado desde el mismo momento de su aparicion en el mundo de inteligencia precioso destello de la divinidad, debió de interrogarse á sí mismo: «¿Qué soy? ¿cuál es mi destino? ¿qué es este conjunto de objetos que me rodean y afectan? ¿proceden de mí mismo?» y transmitir sus ideas más ó ménos exactas por los medios de que entonces dispusiera.

Mas como la historia de todas las ciencias no nos suministre documento alguno respecto á los adelantos de aquellos fabulosos tiempos, deben tenerse como aventuradas todas las aserciones hechas por dichos críticos, por no poderlas comprobar, pues la historia como testigo de los tiempos, luz de la verdad, maestra de la vida, no consigna en sus anales hasta la aparicion de las escuelas filosóficas de Grecia, cuna del saber humano, adelanto alguno respecto á todas las ciencias.

Y efectivamente; dichas escuelas quieren abarcar en la universalidad de sus estudios al hombre, emitiendo ideas más ó ménos perfectas para explicar la vida y sus funciones; unos sosteniendo que ésta depende de una causa física, como Thales de Mileto, otros por la mecánica atomística, como Anaxágoras, y otros, finalmente, ad-

mitiendo dos esencias, espiritual y material, dando la prioridad en todos los actos á la primera.

Conocimientos algo más perfectos de fisiología tenemos en el feliz siglo de Sócrates, por haber venido al mundo en aquella época el célebre é inmortal Hipócrates, padre y fundador de todos los ramos que constituyen las ciencias médicas, el cual con su método analítico-sintético supo demostrar cuáles eran las causas mantenedoras de la vida; y en sus escritos, llegados hasta nosotros apesar de las difíciles circunstancias atravesadas, se ven bosquejadas ideas exactísimas respecto al hombre; y su precioso *Tratado de aguas, aires y lugares* es una higiene completa que basta por sí solo para inmortalizar el nombre de su autor. Así mismo aparece otro astro luminoso en el siglo II de la Era Cristiana, Galeno, cuyo nombre es no ménos célebre en los fastos de la historia de las ciencias médicas, por sus numerosos escritos, singularmente por los cuadernos de fisiología en que trata del uso de las partes que constituyen el cuerpo humano.

Más adelante, en el siglo XIII, debe fijar nuestra atención el movimiento intelectual de Europa; se conoce que el espíritu humano había recibido tan grande impulso, que no era fácil parase en lo sucesivo; y si los conocimientos de esta época no tienen un valor intrínseco respecto á nuestra ciencia, por haberse resuelto todas las cuestiones bajo un prisma metafísico y teológico con sujeción á la autoridad de los maestros, no dejan de tenerle extrínseco por haberse prolongado su dominación cuatro siglos; porque, á pesar de sus disputas, acostumbraron el espíritu á una continua gimnasia intelectual que más tarde había de dar sus frutos, siendo notables en este largo período Sto. Tomás, Raimundo Lulio, Miguel el Grande y Roger Bacon, por sus conocimientos físicos y ópticos, sus estudios sobre la naturaleza, sorprendentes para su tiempo, demostrando el último la necesidad de la experiencia si se quiere progresar en las ciencias naturales, indicando tres siglos antes el ilustre franciscano el camino trazado más tarde por el Canciller de su mismo nombre preparando así el terreno para la reforma. El tiempo pasa; Europa adelanta en su organización social; se manifiestan nuevas tendencias intelectuales; se hace guerra cruda á la filosofía de Aristóteles que dominaba exclusivamente; la caída de Constantinopla arroja á Europa algunos sábios y con ellos la doctrina de Platon; por fin la invención de la imprenta y el descubrimiento del Nuevo Mundo acaban de dar un fuerte impulso al movimiento europeo comenzado en la época de las Cruzadas; cunde el gusto por la literatura, las matemáticas y las ciencias de observación; es la época de revolución; ningún sistema fijo; Paracelso amalgama el fanatismo cabalístico con la medicina, química y teología, dando un tratado completo de fisiología en relación con sus doctrinas; Angel Policiano, se inclina al eclecticismo; el inmortal español Luis Vives cultiva las bellas letras y hace guerra á las sutilezas escolásticas; hay una gran mezcla de doctrinas; la filosofía de Pitágoras, de Permenides, de Platon y de Zenón el Escéptico, tienen sus representantes; Montaigne formula el escepticismo abriendo la puerta á Bayle y á la escuela del siglo XVIII y, entre esta falange innovadora, descuellan, por fin, á principios del siglo XVII, el célebre canciller Bacón de Berulam y Descartes, verda-

deros revolucionarios de la ciencia, siendo notable el primero por su método experimental combatiendo con energía, en sus famosas obras de la dignidad y del progreso de la ciencia, el método abstracto de los peripatéticos, y el segundo por sus doctrinas metafísicas respecto al alma y su definición física de la vida, al cual siguen Leibnitz y otros filósofos. El impulso comunicado á las ciencias todas por tan ilustres varones, la tendencia marcada al estudio de la naturaleza y el progreso creciente de la física y la química, hacen que sean considerados el hombre y los séres organizados como simples máquinas idénticas ó parecidas á los aparatos físicos; que se explique la vida por las leyes de la mecánica ó por las combinaciones, afinidades ó descomposiciones químicas, siendo célebres entre los yatro mecánicos Borelli, Haller y otros, y digno de mencion como yatro químico Boerhave, cuya influencia fué preponderante.

A pesar de semejantes ideas y de la influencia ejercida por el célebre Descartes aplicando los teoremas de la mecánica al juego de la máquina del cuerpo humano, no falta quien se pronuncie contra las doctrinas del eminente matemático, pues son combatidas con energía por Stahl, que, á pesar de sus grandes conocimientos sobre la física y química, representa la reaccion contra las ideas sostenidas por Descartes y funda su tan célebre animismo, atribuyendo la causa de la vida al alma inmortal que es la que dirige y gobierna el cuerpo, es el principio de la vida, y esta no es más que uno de los medios de funcionar el alma, que pone en accion al cuerpo y le dirige á su fin; doctrinas todas ellas que no dejaron de tener sus partidarios, por más que la mayoría de sus sucesores conservaron el vitalismo desechando el animismo, y en vez de explicar metafísicamente, localizan las manifestaciones vitales y las desenvuelven por las propiedades de los tejidos. Glisson de Cabritue había designado la irritabilidad como causa inmediata de los movimientos de la fibra viviente. Haller dá su nombre al descubrimiento de esta facultad motora, haciéndonos conocer sus importantes trabajos sobre la irritabilidad y sensibilidad de las distintas partes del organismo humano. Y, por último, al finalizar el siglo XVIII, aparecen los importantes trabajos del inmortal Bichat, que puede decirse es el fundador de la fisiología experimental y adversario de las ideas de los físico-químicos, puesto que niega abiertamente la identidad entre los fenómenos de los cuerpos vivientes y de los inorgánicos; descentraliza, sin embargo, la vida colocándola en los tejidos y uniéndola fuertemente en sus manifestaciones con las propiedades de los mismos.

Por lo expuesto se comprenden los grandes trabajos intelectuales del siglo XVIII, la importancia dada á la mecánica, física y química, pero siempre en consonancia con las ideas filosóficas reinantes, que fueron en este siglo las sensualistas de Locke y Condillac, que hacen depender de la sensacion transformada hasta la actividad voluntaria y libre. Siguieron á Descartes, Malebranche y Spinoza que fué á parar á un panteismo idealista.

Pero si el siglo XVIII es digno de atencion por sus innumerables trabajos intelectuales, no le vá en zaga el siglo en que vivimos; la actividad es febril, el deseo de investigar raya en delirio, todos los ramos del saber avanzan con vertiginosa rapidez; séanos permitida

una rápida ojeada y veremos que la inteligencia no ha descansado un momento en el siglo de las luces, del progreso, de la electricidad y del vapor, nombres que con justo motivo se han dado al siglo XIX, el cual parece tiene en sus manos el milagroso talisman de las mil y una noches, con el que pretende conocer los secretos más profundos de la naturaleza; ved si nó, cómo se atreve á disputar la antigüedad á los más encumbrados montes, definiendo sus edades por las distintas capas que los forman y por los restos orgánicos fósiles que en ellos se encuentran, fundando una nueva ciencia, la palenteología; y si fijamos nuestra atención en la ciencia de las causas y de los métodos, patentizará la incomensurable actividad intelectual de nuestro siglo el gran número de sistemas filosóficos, pues puede decirse, sin temor de error, que si los enumeramos tocaremos á sistema por día; y sobre todo el progreso y adelantos son mucho más notorios, más positivos, en las ciencias experimentales; la física con sus poderosos medios ha dado un alcance á los sentidos casi imaginario; el microscopio compuesto, descubierto por Jansen y perfeccionado posteriormente en 1824 por Kœlliker, puso un arma en mano de los hombres de ciencia que habia de ser de gran trascendencia para la fisiología; así que si los antiguos adquirieron sus conocimientos empleando años y talento en estudiar al ser humano considerado como un todo, los modernos con los poderosos elementos de que disponen, han descompuesto, han analizado más: estudian primero los órganos, no se conforman; reconocen los tejidos, no es suficiente; descubren los elementos de los mismos, la ciencia no se satisface; y en el transcurso de siglo y medio se han estudiado las vísceras, los tejidos, las células como primeros elementos anatómicos formes; aún más, se ha penetrado en el núcleo, en el nucleolo; un paso más y llegaremos á las mónades de Leibnitz, los átomos de Epicuro, las moléculas de Buffon y Maupercio.

No ha adelantado ménos en nuestro siglo la química, contribuyendo en gran parte al progreso de las ciencias de experimentación, y sobre todo al desarrollo de la ciencia de la vida. Desde que Lavoisier y Laplace probaron experimentalmente la composición del aire atmosférico y la importancia del oxígeno con sus propiedades á últimos del siglo pasado, un gran número de respetables varones han cultivado este ramo del saber, mereciendo particular mención entre ellos Mialhe, Liebig, Berzelius y otros; el primero demostrando que la materia orgánica é inorgánica se componen de los mismos elementos primarios, que no hay más diferencia entre ellos que la proporción; el segundo estudiando las transformaciones despues de la muerte de los seres organizados, demostrando que su carbono pasa al estado de ácido carbónico, su hidrógeno al de agua, su azoe al de amoníaco, su azufre al de ácido sulfúrico.

No podemos pasar tampoco en silencio los nombres de los ilustres é infatigables investigadores Magendie, Claudio Bernard, Flourens; el primero, á pesar de su escepticismo, estudia con sus vivisecciones los órganos funcionando; el segundo introduce el determinismo como único medio de adelanto en las ciencias experimentales; y el tercero emprende trabajos para averiguar las importantes funciones del sistema nervioso. De esta sucinta exposición fácilmente de-

ducireis cuánta constancia hay para los trabajos intelectuales en nuestro siglo; parece que los ilustres sábios de nuestra época tienen siempre á la vista el famoso lema. «Guta cavat lapidem, non vi sed sepe cadendo» *la gota de agua hace mella en la piedra, no cayendo una vez sino mil veces.*

Y en vista de estos adelantos científicos, ¿cómo vamos á considerar al hombre, si aún no está resuelta la tan debatida cuestion del principio vital despues de veintidos siglos de constantes trabajos? ¿Le consideraremos con los vitalistas, con Barthez su jefe, compuesto de alma inteligente, de principio motor independiente de la materia sin estar sujeto á las causas físico-químicas, el cual preside todos los actos del organismo? ¿No veis afiliados á esta idea nombres tan respetables como los de Lordat, Dumas y algunos distinguidos españoles, cuyos nombres no me atrevo á citar por no ofender su modestia? O por el contrario ¿los estudiaremos con los materialistas sujeto, como los demás cuerpos, á las leyes generales de la materia y de las acciones ó causas físico-químicas, localizando en la célula toda la vida, esto es en el protoplasma, no admitiendo más fuerzas en el organismo que las físico-químicas, idénticas en un todo á las del reino inorgánico é inmutables para toda la materia, cuyas doctrinas sostienen con calor hombres tan eminentes como Robin, Wirchow y muchos de nuestros ilustrados compatriotas?

Yo creo, señores, debe considerarse al ser humano como el más complicado de la escala zoológica, completamente distinto de los demás bajo el punto de vista de la inteligencia, como un animal bípedo, único bimanio, cosmopolita, polífago, inteligente, capaz de inventar y de perfeccionar: en una palabra, como una dualidad que consiste en un espíritu inteligente y libre y una organizacion dotada de vida, que difiere de la organizacion vegetal en que esta es más sencilla que en los animales ó al menos las combinaciones elementales son en general mucho menos complicadas, desarrollan en sus funciones menos cantidad de calor, pueden prosperar aun privados de materias organizadas, mientras que el animal necesita elementos que hayan pertenecido á la organizacion; y por último, la inteligencia, la racionalidad y la facultad de inventar y perfeccionar son atributos que le distinguen perfectamente de los demás animales.

Este es, señores, el concepto científico exacto del hombre en el estado actual de la ciencia; y no se entienda que por esto rechazamos nosotros los descubrimientos que hemos atesorado y que debemos á las ciencias físico-químicas; muy lejos de nosotros semejante idea: pues á ¿quién debemos, sino á estas ciencias, el conocimiento de los primeros elementos de cuya combinacion resultan los cuerpos de la química, fibrina, albumina y demás materias ya orgánicas ya organizadas, que son á no dudar la base, el principio de donde toman origen los tejidos y por consecuencia los órganos, aparatos y sistemas? ¿Cómo no admitir que en el desempeño de muchas funciones orgánicas, en casi todas, no existan actos y leyes físico-químicas? ¿Pero acaso estos hechos sancionados por la ciencia dan derecho á considerar al hombre como á la materia, única y exclusivamente sujeto á las causas ó acciones físico-químicas?

¿Pues qué, no se verifican multitud de actos en el organismo humano contrarios en un todo á dichas leyes?

Ahora bien: si todos los conocimientos que debemos á la ciencia de la descomposicion molecular son de altísima importancia, no por eso nos autorizan para hacer del hombre un aparato físico-químico; somos, y lo decimos con franqueza, enemigos declarados del positivismo médico, de la escuela materialista. ¿Cómo hemos de asentir al parecer de los sábios materialistas? ¿Cómo quereis que consideremos al hombre á la manera de Cabanis, Moleschott, Wagner, Comte y Littré y los que siguen el Darwinismo, cuyos sábios materialistas no conceden en el organismo humano otra cosa que la materia y fuerza inmanente y esencial á ella misma, cuya fuerza ó principio activo elaborándola y transformándola es capaz de engendrar los séres vivos y en particular al hombre, explicando todos sus fenómenos por las leyes físico-químicas y considerando el pensamiento como una secrecion del cerebro, conclusiones que dicen seguirse lógicamente de su método experimental?

No podemos de ningun modo admitir dichas conclusiones, por parecernos contrarias al método que ellos proclaman, á la misma experiencia sinceramente consultada, puesto que ella nos señala la inercia como una propiedad de la materia que necesita una fuerza extraña á ella para ponerse en actividad; y no moviéndose los cuerpos á sí mismos, puesto que la experiencia demuestra su inercia, síguese claramente que los animales en general y el hombre en particular, deben tener dentro de sí algun principio interior de movimiento distinto de su cuerpo.

Por otra parte, la experiencia nos enseña que la química no es capaz, aun conociendo las proporciones en que entra la materia á constituir el organismo, de formar la hoja de un árbol, ni la parte más pequeña de un animal, ni ningun elemento puramente anatómico; y si es impotente para dar lugar á esto, ¿cuánto menos posible le será formar de la sola materia, con las fuerzas que los positivistas le atribuyen, ningun género de vivientes? ¿Y si ceñimos más la cuestion, cómo es posible admitir el pensamiento libre como una secrecion del cerebro?

¿Qué semejanza, qué afinidad tiene la materia con tales actos? ¿Cómo es que estos actos sobrepujan en virtud y excelencia á la materia? ¿Dónde está, pues, la relacion entre causa y efecto?

Mucho más cuando el mayor triunfo del pensamiento estriba en subyugar ó vencer á la materia. Mas no se entienda que por esto negamos la importancia de los descubrimientos fisiológicos modernos, ni la que los glóbulos cerebrales tienen como medio necesario para el ejercicio de las facultades intelectuales, ni tampoco la del sistema nervioso y de los sentidos como medios necesarios para transmitir y ponerse en relacion con los agentes exteriores, de los cuales necesariamente tiene que valerse la inteligencia para sus demostraciones; pero de que los glóbulos cerebrales sean necesarios para que las facultades intelectuales se pongan en accion y de que necesiten de los nervios y sentidos, á conceder y sostener que sean el mismo espíritu, la misma inteligencia, hay una inmensa distancia.

¿Y cómo no sorprendernos que estas doctrinas que Alemania ar-

roja al mundo como nacidas en nuestro siglo, como producto del ingenio de sus sábios, no sean otra cosa más que copia fiel de las ideas encontradas en los antiquísimos libros de los Arabes? Pues señores, la doctrina de la *evolucion* de los séres orgánicos, es una copia exactísima de la enseñada por los Arabes en sus escuelas, con la única diferencia de que ellos la llevaban más lejos aplicándola á las sustancias orgánicas y á las minerales.

Por lo expuesto podeis juzgar cuan contrarias á la razon y á la experiencia son las opiniones emitidas por citados sábios, y como sencillamente tenemos que confesar que el sér humano es una dualidad compuesta de espíritu inteligente y libre, y organizacion dotada de vida, que es lo que nos enseñan de consuno la razon y la experiencia.

Una vez sentado el concepto que la ciencia debe tener del hombre, tiempo es ya de ocuparme, siquiera sea á la ligera, de los conocimientos que debe poseer el que se dedica á combatir sus múltiples y variadas afecciones.

En efecto, señores, nuestros primeros esfuerzos, nuestras primeras investigaciones, tienen que dirigirse por necesidad á conocer en cuanto nos sea posible las leyes y fenómenos de este vasto universo, del que por decirlo así es un mero accesorio, un elemento, el sér viviente. Si el médico filósofo no ensancha la esfera de su accion, no podrá formar jamás una idea exacta del temple y carácter particular de las estaciones, que tan conocido influjo ejercen sobre la economia. ¿Pues qué, no parece que el prodigioso círculo de nuestras enfermedades gira con los diversos signos de que se corona el año? ¿Quién de vosotros podrá poner en tela de juicio que, además de las afecciones estacionarias ó permanentes hay tambien algunas que, como las aves de paso, llegan y marchan en determinadas épocas? Todas estas consideraciones son importantísimas para el que aspire á tener un perfecto conocimiento de las constituciones médicas, las cuales á no dudarlo se modifican, se funden recíprocamente, para producir los fenómenos morbosos, observándose que no pocas veces los años presentes por un prodigio incomprensible siembran la semilla de destruccion para los venideros.

Por otra parte, ¿cómo descuidar la física del mundo, cuando los fenómenos que éste nos ofrece son frecuentísimamente causa de los males que deseamos evitar? Volvamos si nó los ojos á la naturaleza y veremos que la muerte anda siempre á vueltas con la vida; anda en los relámpagos eléctricos que con sus alas de fuego surcan la nube densa que oscurece el horizonte; anda en los rios y los mares que van levantándose en vapores para volver á caer en aguaceros sobre nosotros; anda en la lava encendida que vomita á borbotones el tenebroso abismo del volcan; anda, por fin, en el mortal aliento de los vientos y á cada momento se está exhalando de las lagunas, de las ciudades, de las tumbas; en una palabra, tal es la armonía, la estrechísima adherencia que la atmósfera tiene con nuestro sér, que no es suficiente estudiarla en reposo y agitacion, sino que es preciso reflexionar sobre el origen de las lluvias, tempestades, vientos, vapores, seguir y comparar estos fenómenos en las diversas épocas del año,

principalmente en el pérfido Otoño, que en medio de los bienes con que brinda liberalmente al hombre, le arrebatada la vida, ocultando en sus entrañas las enfermedades propias de otras estaciones; es necesario estudiarla en los climas, en los lugares secos, en los bajos y húmedos que soplan el contagio y la muerte; no debemos olvidar nunca que en la Meteorología hemos de encontrar algún día nociones sobre la naturaleza de aquellos efluvios de donde provienen los fuegos reguladores y periódicos de tantas fiebres funestas y de aquellas pestes formidables, aquellas grandes calamidades del género humano cuyos estragos por una ley todavía problemática, se dirigen constantemente de Oriente á Occidente.

Y si son precisos estos estudios que tienen relacion tan directa con el sér humano, que le rodean y le afectan por doquier, ¿cuánto más exquisitos tendrán que ser los que se refieren á su individualidad? ¿Cómo es posible que el médico pueda arreglar la máquina viviente si no la conoce en su estado más perfecto? De ahí la imprescindible necesidad de descomponerla, conocer los factores que la constituyen, su colocacion, su estructura; en resúmen, analizar primero para sintetizar despues y he aquí tenemos de manifiesto el importantísimo papel que juega la química orgánica en la Medicina, cuán preciosos é indispensables son los servicios que nos presta; deteneos un momento y observareis que á ella debemos el conocimiento exacto de los principios inmediatos del organismo y empezando por los cuerpos simples, los ácidos libres, las bases libres, el agua y su importancia como medio ó vehículo disolvente, los fosfatos entre las sales, principalmente el de cal que dá gran consistencia al organismo, el cloruro sódico de que es muy ávido, entre los gases el oxígeno indicando la importancia de este fluido elástico para la combustion y respiracion, y concluyendo con las sustancias albuminoideas y sus derivados histogénicos á las cuales desde luego marca la proporcion en que entran á formar el organismo y la importancia que cada cual tiene en su constitucion, asignándola sus caractéres propios, demostrándonos tambien el juego de las funciones. Todos estos estudios de tan altísima importancia que nos ha enseñado la química moderna, revelan á las claras y ponen de manifiesto las raíces que la Medicina tiene en el campo incomensurable de las ciencias físico-químicas.

Hechos de otro orden tengo que presentar ahora en la teoría del hombre vivo, los cuales, á no dudarlo, constituyen la parte más bella, noble y preciosa de la vida. El hombre está dotado de un principio intelectual; percibe y reflexiona sobre sus percepciones, las combina, aprecia su dependencia y conexión; de una verdad conocida se eleva á verdades desconocidas y, por un artificio maravilloso, abraza juntos los objetos del presente, retiene y recuerda los sucesos del pasado y aun se abalanza á lo futuro por leer sus esperanzas ó sus temores y se admira á sí propio absorto de su misma grandeza; pero estas facultades incomprensibles de su ser pueden debilitarse ó degradarse; la vida de la razon tiene tambien sus achaques, y he aquí teneis al médico obligado por su profesion á meditar sobre los resultados más sublimes é importantes de la naturaleza humana, y he aquí la necesidad imprescindible de la metafísica para desenvolver

la teoría de las ideas, de las pasiones y otros fenómenos puramente morales de la existencia animada. ¿Cómo se podría apreciar si no entre los fenómenos morales el más importante para la Medicina, el más notable en la economía intelectual, el que designamos con el nombre de delirio? Estado funestísimo en el cual el instrumento de nuestras sensaciones no recibe más que vibraciones desagradables, en el cual el alma por decirlo así se desvía de las leyes anexas á su esencia, en el cual las ideas que percibe, incoherentes entre sí, ya no se suceden en un orden regular y determinado, en el cual los juicios que forma se implican, se confunden y casi nunca convienen con los objetos que los han producido.

Es verdad que esta turbacion momentánea del entendimiento quizá sea muchas veces un beneficio de la naturaleza que quiere evitar al hombre espirante el horror de verse morir, privándole de la triste facultad de calcular sus pérdidas y tormentos.

Esta intencion saludable de la naturaleza se ve manifiesta en el sistema de nuestra destruccion, pues en el discurso de aquellas largas enfermedades en que rara vez se interrumpen las funciones del cerebro, no ven los enfermos llegar su última hora, sino que alentados por una esperanza sin límites, se les escapa la vida cuando ellos creen que la gozan en toda su plenitud é integridad.

El estudio de ese estado de delirio, opino yo que prestaría grandes verdades prácticas á nuestra ciencia; importante es por lo tanto observar atentamente los signos que le acompañan, y no podrá menos de considerarse como síntomas funestos los terribles contrastes que se advierten entre los desórdenes del sensorio y el carácter moral del individuo.

Nada diré, por no molestar tanto vuestra atencion, de aquellas tremendas angustias que á veces asaltan el ánimo de los moribundos, siendo muchas veces indicio de lo que hay que temer ó esperar; no hablaré de aquella apatía, de aquella indiferencia del alma á los peligros que rodean al cuerpo, ni de otros síntomas análogos con que los clínicos sabrán enriquecer la teoría de sus pronósticos; pero sí me detendré en un fenómeno digno de atencion de la Medicina más trascendental, de la metafísica más sutil; hablo de aquel aumento desacostumbrado en las fuerzas de la inteligencia, que suele ser señal de la terminacion funesta de no pocas enfermedades, de aquella elevacion de conceptos, de aquella riqueza de expresiones, de aquel tono profético y casi divino que reina en las palabras de algunos enfermos que están en la agonía, de aquellas escenas tan sublimes que llenan de admiracion y arrancan el llanto á los asistentes; quizá el vivo y entrañable sentimiento de la muerte, el dolorido espectáculo de una familia sin consuelo, los gritos acusadores de la conciencia que se redoblan en los momentos postrimeros, los temores y las esperanzas que resultan de la creencia ó la opinion, imprimen sin duda á los resortes del pensamiento aquel movimiento extraordinario, del que es emblema la lámpara que instantáneamente despide más vivo resplandor al apagarse, ó el cisne fabuloso cuya esforzada melodía anuncia su última hora.

Otra multitud de problemas hay sobre los cuales la Metafísica y la Medicina deben unirse é interrogarse: tales son especialmente los

que nos ofrecen los innumerables fenómenos que resultan de los hábitos y simpatías físicas y morales en el hombre viviente. Hablo de aquella metafísica, de aquella ciencia sublime que, mostrándonos el origen de nuestras ideas, nos indica las causas de nuestros errores y el método que debe seguirse para evitarlos. Me refiero á la verdadera teoría del entendimiento, al arte de los métodos. ¿Qué uso práctico no tendrá esta ciencia en los ilustrados servicios que reclama de nosotros la humanidad lisiada ó pervertida en los más dignos atributos de su ser? Es cierto que las numerosas aberraciones que padece el sistema intelectual son todavía muy poco conocidas: suele haber tan poca analogía entre el tipo de sensación y el agente que la suscita, que á la luz sola de la metafísica puede encenderse la antorcha que nos ha de alumbrar en la curación de los furiosos maniáticos, de los paroxismos melancólicos y de otros mil eclipses parciales ó totales de la inteligencia que contristan el corazón y son el oprobio de la razón humana. Un médico profundo hace ya de esta ciencia la aplicación más discreta, y su terapéutica moral es un excelente modelo en estas afecciones en el que debéis fijar vuestra atención.

Hemos visto, señores, que por medio de la metafísica aprendemos á descifrar el mecanismo de nuestras facultades intelectuales y morales; bajo la jurisdicción de nuestro arte está igualmente la ciencia que enseña á contenerla en sus justos límites, á dirigirla para la felicidad de los hombres, siendo evidente que estamos obligados á aplicarlas á los individuos, como los legisladores los aplican á las naciones.

Hé aquí teneis, señores académicos, bosquejados á grandes rasgos los vastísimos conocimientos que deben adornar al que se dedica á nuestra ingrata profesión. Y pregunto yo: ¿Después de tantos desvelos, qué premio os está reservado á vosotros, que sacrificáis vuestra vida en obsequio de la humanidad, que estais penetrados del respeto que merece la desdicha, con la cual os presentais compasivos y generosos, pues sabéis por experiencia que para socorrer á un desdichado, por lo regular más se necesita un buen corazón que un buen ingenio, que os veis mil veces obligados á enjugar las lágrimas cuando no podeis estancarlas, que con un tacto exquisito, cuando la esperanza os abandona, os queda aún el valor para disputar la vida á los últimos golpes de la muerte, y cuando otra cosa no podeis hacer, alentais con vuestras palabras al paciente para que con menos dolor y ansia deje el peso de la existencia? ¿Qué recompensa merece vuestra prudencia cuando la ignorancia y el fanatismo sacrifican vuestra reputación? Y sin embargo, vuestro espíritu acrisolado consiente en ello, si lo exige la salud de la humanidad. ¿Qué valen para vosotros los servicios que prestais á las naciones, á los gobiernos en los importantes ramos de higiene y beneficencia? Si, pues, la Medicina está obligada á hacerlo todo por la sociedad, la sociedad debe hacerlo todo por la Medicina; si es cierto que esta es uno de los más grandes ramos de la beneficencia pública, es evidente que los legisladores, no sólo deben patrocinar sus progresos, sino perseguir con mano firme al descocado empirismo que, hoy más que nunca, tendiendo sus rastreros lazos á la credulidad humana, mendiga impunemente su salario.

Depositarios de nuestras leyes, tiempo es ya de que defendais á vuestros conciudadanos contra la codicia de esas tribus devoradoras; salvad una ciencia que ha salvado y puede salvar á muchos infelices; restituidle su dignidad y su jerarquía social.

Entre tanto, seguid vosotros con ardor los estudios académicos; que nada sea capaz de aflojar los tiernos y fraternales vínculos que nos han unido hasta hoy; que vuestra intachable conducta realce la dignidad de vuestro sacerdocio á vuestros propios ojos; que ni el sórdido interés ni el oprobio de la venalidad profanen la excelencia de nuestra profesion; aspirad á las bendiciones y no al oro; llevad la esperanza y el consuelo, lo mismo á la cabaña del pobre que al palacio del rico; haced el bien á la misma ingratitude y á la misma injusticia, y de este modo sereis dignos por vuestra probidad de llevar el honroso y verdadero título de médico, tal cual lo definió el venerable Hipócrates: *Vir probus medendi peritus.*

HE DICHO.





# BIBLIOGRAFÍA

POR EL

**Dr. José Lopez Alonso.**

TRATAMIENTO DE LA PULMONÍA.—Estudio crítico de los diversos procedimientos seguidos para curar dicha enfermedad, por el *Dr. D. Gaspar Gordillo Lozano*, ex-alumno interno por oposicion de la Facultad de Medicina de Madrid.—Un volumen de 320 páginas en 4.º menor.—Madrid, 1885.—(Precio: 5 pesetas).

EL MICROBIO DE LA TÍISIS, SU VALOR DIAGNÓSTICO, INVESTIGACION Y FOTOGRAFÍA, por el *Doctor D. Martin R. Corchado*, con un prólogo del Dr. Gabriel Villaronga, y dos fotografías fuera del texto.—Un volumen de XIV-50 páginas en 8.º.—Ponce, P. R., 1885.

o hace mucho tiempo que al leer en una apreciable revista científica la crítica de la obra que bajo el título *La mortalidad en Madrid*, publicó hace un año el Dr. Gordillo Lozano, vimos que el firmante del artículo bibliográfico reconocía al autor del libro, entre otras apreciables cualidades, la de la perseverancia en el trabajo, la de la pulcritud en el estilo y la de la profundidad unida de tal modo á la sencillez en el concepto, que no podía comenzarse á hojear un trabajo del Dr. Gordillo sin sentirse arrastrado á estudiarlo detenidamente desde la portada hasta el índice.

Este juicio lo hemos nosotros corroborado al leer la última obra del Dr. Gordillo Lozano titulada *Tratamiento de la pulmonía*, pues la claridad y buen método en la exposicion histórica de las diversas cuestiones referentes al tema cuya dilucidacion se propone, son como la rica guarnicion en que se encierra un lenguaje correcto y preciso y una crítica severa, recta é imparcial, avalorada por lo que la observacion y la experiencia fecundadas por el raciocinio enseñan á cuantos se consagran al estudio teórico-práctico de las enfermedades.

Cualquiera creería por el título del libro que analizamos que en sus páginas sólo ha derramado el autor los diversos procedimientos terapéuticos preconizados contra la pulmonía, desde los tiempos de Hipócrates hasta la fecha, por las numerosas escuelas, que agrupando sus doctrinas bajo el nombre de sistemas médicos, se han venido disputando con ahinco la posesion de la verdad científica, ó por los

autores que sacudiendo el yugo del exclusivismo se han aventurado á ensayar métodos curativos propios, ya empíricos ya racionales, en las flegmasías del pulmon. Pero el Dr. Gordillo, á fuer de filósofo de convicciones arraigadas y de médico que no quiere militar en el bando de los dogmatizadores modernos, no se conforma con pasar revista á dichos procedimientos terapéuticos inclinándose *intuitivamente* á admitir unos y desechar otros, sino que, engolfándose en el estudio fisio-patológico de la pulmonía y en el modo de obrar de los agentes de que la materia médica dispone, penetra con paso firme en el terreno movedizo de las teorías médicas, y con admirable sencillez hace un juicio crítico acabado y completo de las doctrinas referentes á la naturaleza de la pulmonía y de los medios que, basados en los diversos conceptos de la enfermedad, han sido propuestos por los autores.

Dos son las partes en que el Dr. Gordillo ha dividido su obra: comprende la primera la exposicion histórica del tratamiento de la pulmonía y juicio crítico del de cada autor, y abarca la segunda las opiniones que relativas á la materia profesa el Dr. Gordillo. Que esta division adolece de defectos, él mismo lo confiesa en la notable introduccion con que encabeza su trabajo; pero en cambio tiene la ventaja de evitar repeticiones enojosas dando mayor unidad á la obra y haciendo que lo que padezca la forma dialéctica sea en beneficio de la retórica.

Estúdiense, como queda indicado, en la parte primera los tratamientos propuestos contra la pulmonía desde el origen de la Medicina científica, tanto el de Hipócrates claramente expresado en el libro del *Régimen de las enfermedades agudas* como los diversos de la Escuela alejandrina; así los de Asclepiades y demás médicos de la Escuela romana, como el de los comentadores de Galeno; lo mismo los de los médicos árabes, como los de los del Renacimiento y los animistas, yatro-químicos, yatro-mecánicos etc.; no olvidando tampoco los de Broussais, Rasori, Hahnemann, Laënnec, Benett, Santero, Niemeyer, Jaccoud, Walshe y otros muchos autores contemporáneos que sería prolijo enumerar.

A la exposicion completa de cada uno, sigue el juicio crítico del autor, en el cual resplandece una rectitud digna del mayor encomio, por lo difícil que es examinar sin desvanecimientos ideas tan numerosas y contradictorias, y una erudicion asombrosa, por lo rara que va siendo de dia en dia la plenitud de conocimientos histórico-filosóficos, sobre todo en quienes como el Dr. Gordillo han comenzado ha poco tiempo á espaciar la vista por los horizontes ya inmensos de la Ciencia médica.

Es la parte segunda una verdadera y utilísima monografía de la inflamacion pulmonar, pues en ella se hace un estudio acabado de la pulmonía en sus diversas formas, fibrinosa, crupal y francamente inflamatoria, se dilucidan las intrincadas cuestiones relativas á la naturaleza de tal enfermedad, se examinan las complicaciones de que frecuentemente suele ir acompañada y se funda, sobre datos deducidos de la observacion y de la esperiencia, el tratamiento empírico-racional que mejores y más prontos resultados puede producir.

El libro del Dr. Gordillo, en suma, debe ser conocido en detalle

por cuantos se dedican á la práctica profesional, muy especialmente por los que ejercen en este país donde la pulmonía es la afección predominante desde Octubre á Mayo; y por eso no vacilamos en recomendar la adquisición de aquel á nuestros suscritores, en la seguridad de que no ha de pesarles seguir nuestro consejo, restándonos, para terminar estas líneas, enviar nuestra felicitación al doctor Gordillo, por el esmero, el talento y la erudición que ha derrochado en beneficio de la humanidad doliente y en honor de la Medicina patria.

\*  
\* \*

Desde que comenzaron los estudios de Leuvenhœck sobre los seres infinitamente pequeños, los sábios naturalistas se han dedicado con ardor infatigable á hacer profundas investigaciones y realizar experimentos curiosísimos, de los cuales la biología y principalmente su rama predilecta, la Medicina, ha cosechado frutos ópimos, pudiéndose explicar numerosas cuestiones científicas, antes envueltas en el misterio más impenetrable, de lo cuál pueden convencerse los más incrédulos pasando revista á los trabajos de Tyndall, Klebs, Davaine, Toussaint, Pasteur, Klein, Rietsch, Nicati, Ferran, Koch, Cruelli y otros micrógrafos ilustres, cuyos nombres son el ornamento máspreciado de la ciencia contemporánea.

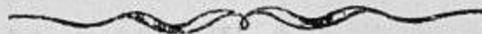
Apenas han transcurrido tres años desde que el Dr. Roberto Koch dió á conocer la naturaleza parasitaria de la tuberculosis en su memoria *Die etiologie de Tuberculose (Berlin Klin. Wochenschr., 10 Abril, 1882)*, demostrando experimentalmente que en todos los afectos de dicha enfermedad se hallaba un microorganismo que, previo el aislamiento y cultivo convenientes, determinaba por inoculación la enfermedad tuberculosa, y desde entonces, los trabajos referentes á la materia se han multiplicado de un modo maravilloso, viniendo á desvanecer las sombras que oscurecían este punto de la ciencia, en vano inquirido anteriormente por Klebs, que habia descrito la *monadina* tuberculosa; por Schuller y Aufrec, que encontraron el *micrococcus* y el *bacillus tuberculi*, y por Toussaint que, estudiando la afección en distintas especies animales, considerábala producida por un parásito al cuál dió el nombre de *monas tuberculosum*.

Entre todos los trabajos que sobre el asunto han aparecido desde el descubrimiento del Dr. Koch, merece una mención especialísima el del médico puerto-riqueño Dr. Corchado, no sólo porque en él se especifican de un modo acabado todos los detalles referentes al origen, morfología y evolución del microbio de la tisis, sino porque se dan reglas seguras y precisas para investigar su presencia, salvando, merced á tal exámen, los escollos diagnósticos de dicha enfermedad. Es decir, que el libro del Dr. Corchado, no comprende tan sólo el estudio micrográfico y de laboratorio de la tuberculosis que algunos consideran como de lujo é innecesario, sino que tiene un alcance eminentemente práctico, tanto porque desvanece el error en muchos arraigado de las dificultades que entraña la investigación del microbio, cuya triple importancia doctrinal, nosológica y clínica

es innegable, cuanto porque dá reglas para su completo y exacto exámen.

Como complemento de la obra, expone el Dr. Corchado en los dos últimos capítulos de la misma, los procedimientos microfotográficos más usuales y el inventado por él, merced al cuál se salvan todas aquellas dificultades derivadas de la escasez é imperfeccion del instrumental disponible en los puntos apartados de los grandes centros de poblacion, y permite la investigacion y reproduccion del microbio aun á los ménos versados en esta clase de trabajos.

Reciba el Dr. Corchado nuestros plácemes por la publicacion de tan utilísima obra, y sírvale de estímulo el lisonjero éxito que esta ha de alcanzar en el mundo médico para proseguir otros trabajos que, solo por ser suyos, han de tener gran mérito.



# Revista de Sociedades científicas

APLICACIONES DE LA TERAPÉUTICA DURANTE EL AÑO 1884.

## COMUNICACION

LEIDA EN LA SOCIEDAD DE MEDICINA PRÁCTICA DE PARIS  
POR EL DOCTOR CAMPARDON

TRADUCCION

del Dr. Juan Alvarado.

(CONCLUSION)

*Tomillo.*—El tomillo encierra un aceite volátil, tanino, un principio amargo y fibra leñosa; el aceite esencial se descompone en thymeno ( $C^{20} H^{10}$ ), esencia líquida isomérica con la esencia de trementina, y en ácido tímico ( $C^{20} H^{14} O^2$ ), estearoptena poco diferente del alcanfor propiamente dicho.

Sus propiedades terapéuticas se derivan de su composición química. La esencia de tomillo produce desde el principio un período de excitación, después otro de aplanamiento, que puede llegar hasta el colapsus si es fuerte la dosis. De aquí su empleo contra las anemias y las hemorragias; sus propiedades diaforéticas y diuréticas la hacen muy indicada en multitud de afecciones reumáticas, por ejemplo en las enfermedades del tejido fibroso, muscular y de las ramas nerviosas superficiales.

Anticatarral enérgico, el aceite esencial de tomillo es uno de nuestros mejores antisépticos. No dar nunca el medicamento en el período agudo de una enfermedad. (*Bulletin général de Thérapeutique*, núm. del 15 de Diciembre 1884.)

Por nuestro consejo, nuestro colega Gigon ha hecho con la parafina, según el proceder descrito, menta, y la esencia de tomillo á partes iguales para unos, ó de parafina saturada de aceite y tomillo para los otros, lapiceros analgésicos, que como los que contienen la esencia de menta, son muy útiles en las neuralgias superficiales, las neuralgias dentarias ó la hemicraneá.

Hé aquí las principales fórmulas que contiene esta memoria para la administracion del medicamento:

|                                                                                |             |
|--------------------------------------------------------------------------------|-------------|
| Aceite esencial de tomillo, privado del aceite esencial de trementina. . . . . | 10 centígs. |
| Jabon medicinal. . . . .                                                       | 10 id.      |
| Polvo de malvavisco. . . . .                                                   | 2 gramos    |

para una píldora envuelta en una capa de bálsamo etéreo de Tolú. Dosis media: dos píldoras antes de cada una de las dos comidas principales.

En la clorosis, sobre todo cuando no es tolerado el hierro y en los reumatismos erráticos.

En fricciones: 10 gramos de aceite esencial por 60 gramos de aceite de beleño.

Para inyecciones, lociones ó como desinfectante:

|                                         |           |
|-----------------------------------------|-----------|
| Aceite esencial de tomillo. . . . .     | 5 gramos. |
| Tintura de quillaya saponaria . . . . . | 20 id.    |
| Alcohol. . . . .                        | 80 id.    |

M.

Uso externo: una cucharada de café en el agua de lavarse; de una á dos cucharadas en el agua necesaria para una inyeccion.

En un baño: Carbonato de sosa 300 gramos y aceite esencial de tomillo 2 gramos. La preparacion hecha la víspera del baño en un frasco grande de tapon esmerilado, es distribuida igualmente en el agua. (*Bullet. général de Thérapeutique.*)

*Turba* (1).—Los polvos de turba se usan en la cura de las heridas habiéndose empleado en Kiel por vez primera. La cura se hace con saquitos de gasa llenos del polvo de turba, que se colocan en torno de las heridas sujetándose con vendas de gasa.

Segun Neuber la turba posee propiedades antisépticas, y su porosidad excesiva favorece la evaporacion rápida de los líquidos segregados por las heridas. (*Gaz. med. de Strasbourg*).

*Traumaticina*.—Auspitz recomienda en el psoriasis embadurnar la superficie afecta con traumaticina á la cual se adicione un décimo de ácido crisofánico.

La traumaticina es una solucion de gutta-percha en cloroformo. Para su preparacion basta poner 10 gramos de gutta-percha en 90 de cloroformo y transcurridas 24 horas, cuando la gutta-percha se ha disuelto completamente se añaden á la disolucion 10 gramos de ácido crisofánico.

Para el tratamiento del psoriasis se cubren las placas con esta preparacion, formándose sobre ellas una capa protectriz que permite á los enfermos dedicarse á sus ocupaciones. Todos los dias se renueva esta capa medicamentosa, viéndose bien pronto formarse un círculo eritematoso producido por el ácido crisofánico, y segun lo observado en el servicio del Dr. Besnier, las placas de psoriasis desaparecen rápidamente (*Journal de Med. de París*, Vol. VI, pág. 1282)

(1) Tierra betuminosa muy combustible.

*Trinitrina ó nitroglicerina.*—Los trabajos de Huchard, Potain, y Hérard, han demostrado que el máximo de acción terapéutica de la nitroglicerina se observa en su aplicación al tratamiento de la angina de pecho.

Este medicamento vaso-dilatador no sólo es útil en la angina de pecho resultante de una isquemia del músculo cardíaco, sino en todas las afecciones de la aorta que producen la isquemia cerebral.

La trinitrina se emplea con ventaja en la clorosis, en las neurálgias de causa anémica y en ciertos hipocondriacos en los cuales la exageración de los trastornos vaso-motores amenaza producir una verdadera anemia cerebral (Dujardin-Beaumetz).

La trinitrina se administra al interior en solución alcohólica diluida en agua, ó en inyección hipodérmica. En el primer caso puede formularse del modo siguiente:

|                                                       |             |
|-------------------------------------------------------|-------------|
| Solución alcohólica de trinitrina á $\frac{1}{100}$ . | 30 gotas    |
| Agua destilada.                                       | 300 gramos. |

Para tomar una cucharada en la mañana, otra á mediodía y otra en la tarde.

En las inyecciones hipodérmicas debe usarse la siguiente solución:

|                                                       |            |
|-------------------------------------------------------|------------|
| Solución alcohólica de trinitrina á $\frac{1}{100}$ . | 30 gotas   |
| Agua destilada.                                       | 10 gramos. |

Cada jeringuilla de esta preparación contiene tres gotas de trinitrina.—La dosis ordinaria será de una á tres gotas (*Bull. gén. de Thérap.*—15 Agosto 1884).

*Valeriana.*—El Dr. Martel, de Saint-Malo, ha usado la infusión de valeriana como tónico para hacer desaparecer rápidamente los dolores del traumatismo; y según él, empleada la valeriana para uso externo, puede reportar grandes beneficios, sobre todo en los pueblos rurales.

*Veratrum viride.*—El Dr. R. B. Harris, de Savannah, cita tres observaciones de tétanos curado con el extracto fluido de *veratrum viride* y de *gelsemium* (*The New-York med. Record*, Julio de 1884). La fórmula usada es la siguiente:

|                                      |               |
|--------------------------------------|---------------|
| Extracto de <i>veratrum viride</i> . | 6 centigramos |
| Id. de <i>gelsemium</i> .            | 18 id.        |

Para tomar diez gotas en un poco de agua cada cuatro horas.

*Verbascum thapsicum.*—La acción de esta sustancia ha sido estudiada por el Dr. Quinlair, en el tratamiento de la tisis (*British med. Journal*). Para su empleo basta hervir en medio litro de leche 30 gramos de hojas secas ó frescas de esta planta, durante diez minutos, y dar esta infusión con ó sin azúcar dos veces al día. También puede usarse el jugo de la planta fresca mezclado con glicerina.

La infusión disminuye la tos haciéndola también más fácil, y hace desaparecer la disnea y la diarrea que tanto molestan á los tuberculosos. Después de algun tiempo de su uso la demacración de los enfermos desaparece y aumenta el peso de su cuerpo, sobre todo si se administra en el primer período, creyéndose que la acción de

este medicamento es análoga á la del aceite de hígado de bacalao (*París Medical*, 28 Julio de 1883.)

*Verbena.*—El mejor medio de calmar la tós de los tísicos, es, segun el Dr. Quinlair, hacerles fumar cigarrillos de hojas secas de verbena, habiéndose comprobado este resultado en gran número de enfermos (*British med. Journal*, Abril de 1884).

*Virginia.*—Esta materia grasa natural, resíduo de la destilacion del petróleo, es semitransparente con un ligero matiz amarillento y de consistencia grasa; se funde á 47°, es completamente líquida á 50° y se solidifica de nuevo á 40°: es volatil, no contiene ningun ácido y no absorbe el oxígeno, soportando sin enranciarse la elevacion de temperatura. Análoga á la vaselina se puede emplear en farmacia para sustituir á dicha sustancia (Delpech).

*Xerofagia* (Régimen seco).—El Dr. Huchard ha dado á conocer las indicaciones del régimen seco, llamado Xerofagia por Fonsagrives, en las enfermedades del estómago y especialmente en la dispepsia de líquidos. Este régimen consiste en la abstencion casi completa de toda clase de bebida y de todo alimento ó medicamento líquido.

*Zinc* (Sulfato de.)—El Dr. Luis Duhring (*The medical News*, Noviembre, 1883) llama la atencion del mundo médico sobre el valor de las lociones de sulfato de zinc en el tratamiento del lupus eritematoso, demostrando su utilidad en las formas inflamatorias superficiales de esta enfermedad, ya los islotes neoplásicos sean discretos ó confluentes, ya sea su origen antiguo ó reciente.

La locion se hace con una mezcla á partes iguales de 25 á 75 centigramos de sulfato de zinc y de sulfuro de potasio en 30 gramos de agua, alcoholizada en cantidad suficiente: la fórmula habitual es la que sigue.

|                             |                   |
|-----------------------------|-------------------|
| Sulfato de zinc. . . . .    | } aa 1,80 gramos. |
| Sulfuro de potasio. . . . . |                   |
| Agua de rosas. . . . .      | 1,20 id.          |
| Alcohol. . . . .            | C. S.             |

Tambien puede añadirse al alcohol algo de éter.

Si la solucion es bien soportada por los enfermos se puede aumentar la dosis de las sustancias activas hasta 4 gramos por 20 id. de excipiente.

La aplicacion tópica se hace por medio de un lienzo fino ó de una esponja durante 15 ó 20 minutos, repitiéndose dos ó tres veces al dia y haciendo preceder á cada una de lociones jabonosas.

(*Journal de Médecine de París.*)



# REVISTA CIENTÍFICA NACIONAL

## PERIÓDICOS.

**Herpes de la garganta.**—En nuestro colega *El Dictámen* publica sobre este asunto el Dr. García Andradas lo que sigue:

«El Dr. Solis-Cohen refiere en *The Méd Record*, un caso de herpes crónico de la faringe, y con tal motivo recuerda á los prácticos la frecuencia de esta manifestacion distésica y la necesidad de no confundirla con otras afecciones: nosotros, convencidos cada dia más de la verdad de tales aseveraciones, creemos prestar á nuestros compañeros un servicio, recordándoles tambien que en la mucosa de la faringe suele brotar el herpes en las personas nerviosas, excitables, y sobre todo en los escrofulosos, reumáticos, y á veces, como preludio de mayores males, en los tuberculosos, siendo en este caso muy rebelde á los tratamientos.

La forma aguda suele pasar desapercibida y aparece bajo el aspecto de un brote de vesículas rodeadas de una aureola inflamatoria, muchas veces acompañándose de fiebre, con dolor en la garganta y sensacion de sequedad ó quemadura: si la vesícula se rompe, suele quedar cubierta de un detritus blanquecino que, mezclado al moco, ha hecho tomar alguna vez la enfermedad como una manifestacion diftérica que se cura pronto, dejado una ulcerilla superficial, y ésta cicatriza á veces espontáneamente. Los emolientes, el reposo, el tratamiento general diatésico y la limpieza con algun ligero astringente al final, concluyen con la afeccion que ha servido al práctico de aviso para no descuidar el tratamiento general.

Cuando la afeccion toma carácter crónico, las aplicaciones de ácidos, más ó menos diluidos segun el caso, y sobre todo el

tratamiento general por la quina, nuez vómica, hierro, arsénico, etc., son los medios más usados con buen éxito.»

—  
**El cólera y la queratitis neuro-paralítica.**—En *La Crónica Médica*, de Valencia, ha publicado el Dr. Aguilar y Blanch un artículo que termina con las proposiciones siguientes:

- I. El cólera tífico puede dar margen á un trastorno del aparato de la vision.
- II. La forma comatosa parece la más abonada para que éste se produzca.
- III. La enfermedad ataca á los niños con preferencia, como individuos de menor resistencia orgánica.
- IV. La clase pobre da un mayor contingente de enfermos.
- V. El trastorno ocular está caracterizado por una queratitis neuro-paralítica.
- VI. La mayoría de las veces se presenta en ambos ojos.
- VII. Sigue las fases ordinarias de esta dolencia, ó sea: 1.º, mortificacion primitiva molecular de color blanquecino, trasformacion amarillenta, propagacion en latitud más que en profundidad; 2.º, disgregacion de los elementos en su centro, perforacion; 3.º, hernia del iris; 4.º, mortificacion total de las córneas; 5.º, flemon del ojo.
- VIII. El punto afecto es siempre el centro de la córnea, desde donde se extiende luego prévia infiltracion del tejido.
- IX. La enfermedad cura bien y con bastante rapidez siempre que se tome desde los primeros períodos y se la trate con los medios adecuados.
- X. Estos medios son, en orden de importancia, los fomentos calientes, el vendaje oclusivo, la eserina, el oidoformo y los tónicos, teniendo siempre en cuenta su oportunidad.

# REVISTA CIENTÍFICA EXTRANJERA

## PERIÓDICOS.

**Presencia del arsénico en la leche de las nodrizas por el uso de medicamentos arsenicales.**—*MM. Crouardel y Pouchet*, fueron llamados como peritos en una causa para resolver si un niño de pecho podía ser envenenado usando su nodriza preparados arsenicales: era un caso de tentativa de envenenamiento por el ácido arsenioso de una mujer que estaba criando: ella experimentó vómitos y diarrea, pero se salvó; el niño, de dos meses, tuvo los mismos síntomas y murió á las 48 horas.

Analizado algunos meses despues, encontraron los autores en el cadáver, que sólo pesaba 2 kilogramos, la cantidad relativamente considerable de 5 miligramos de arsénico, hallando este mismo veneno en las ropas del cadáver y en la superficie interna del féretro, y nada en la cara externa ni en la tierra de la fosa.

Para comprobar este hecho del paso del arsénico á la leche, han hecho los autores tomar á algunas nodrizas licor de Fowler, empezando por un milígramo de arsénico (2 gotas) por dia y aumentando hasta llegar á 6 miligramos (12 gotas); aunque las mujeres sometidas á la experiencia no presentaban ningun fenómeno morboso, se pudo siempre demostrar la presencia del arsénico en la leche, y despues de continuar seis dias la administracion de 12 gotas, se encontró un milígramo de arsénico en 100 gramos de leche.

Las mismas experiencias hechas sobre hembras animales, dieron resultados análogos, muriendo en muchos casos sus pequeños, y el análisis descubrió en sus cadáveres la presencia del arsénico. En estos casos se observa que al contrario de los adultos el arsénico se deposita principalmente en los músculos, el hígado, el tejido conjun-

tivo y no en los huesos, cartílagos y tejidos córneos.

La conclusion que de estos experimentos se desprende, es que debe abstenerse de administrar medicamentos que contengan arsénico á las mujeres que están criando, á menos de una urgencia absoluta.

(*Ann. d'hygiene publ.* 1885.)

**Iodoformo inodoro.**—Uno de los inconvenientes más graves que se han atribuido á esta sustancia es el olor penetrante que la caracteriza y que para muchos es insoportable. Se ha tratado de atenuar este olor asociando el iodoformo con diversos agentes, tales como el tanino, el bálsamo del Perú, el haba tonka, la cumarina, el ácido fénico, el aceite de alcaravea, la menta y otros; pero sin resultado manifiesto y á veces haciéndolo más repugnante con la mezcla de estos olores, que muchos de ellos nada tienen de agradables. El Dr. Oppler, de Strasburgo, ha ideado recientemente mezclar el iodoformo con polvo de café tostado en la proporcion de un 40 ó un 50 por 100, y afirma que por este medio el olor del iodoformo desaparece por completo, sin que por esto disminuya el poder antiséptico de este producto, puesto que el café goza igualmente de la misma propiedad. Este profesor usa en su práctica las fórmulas siguientes:

|                                                              |       |
|--------------------------------------------------------------|-------|
| Iodoformo. . . . .                                           | 50,00 |
| Polvo finísimo de café tostado. . . . .                      | 25,00 |
| Mézclese con ó sin ayuda de unas gotas de éter alcoholizado. |       |
| Iodoformo. . . . .                                           | 1,00  |
| Vaselina. . . . .                                            | 10,00 |
| Polvo finísimo de café tostado. . . . .                      | 0,03  |
| Mézclese.                                                    |       |

(*Journal de Therap.*)

DR. LOPEZ ALONSO.

## MISCELANEAS

Después de unos brillantes ejercicios ha tomado la investidura de Doctor en la Facultad de Medicina de Madrid, nuestro querido amigo y comprofesor D. Juan Manuel Martín, médico titular de Sancti-Spíritus, en esta provincia.

Enviamos con tal motivo á nuestro compañero la más cumplida y sincera enhorabuena.

\*  
\* \*

Según hemos leído en los periódicos de Valladolid, una mujer llamada Juliana Quesada, ha dado á luz en aquella capital siete fetos, siendo asistida por el catedrático de Terapéutica de aquella Universidad, Dr. Cantalapiedra.

\*  
\* \*

La comisión encargada de realizar el pensamiento de celebrar un banquete en honor del primer médico de la Armada D. Eugenio Fernández Valdés, por el acto heroico que realizó salvando los naufragos del crucero *Gravina*, ha acordado que dicho banquete sea el 5 de Diciembre próximo, que la cuota sea de 15 pesetas y que la inscripción quede cerrada el 30 del corriente.

Quizá en el mismo día se celebren honras fúnebres por el alma del médico Sr. Manterola que á bordo del *Gijón*, prefirió sucumbir en el naufragio por salvar la vida de algunos pasajeros.

---

### PUBLICACIONES RECIBIDAS.

**Leciones de Clínica médica** dadas en el Hospital de la Piedad (1883-1884) por S. JACCOUD, catedrático de Clínica en la Facultad de París, Miembro de la Academia de Medicina, etc., etc. Traducidas por D. Esteban Sánchez de Ocaña y Sánchez de Ocaña, ex-alumno interino por oposición, profesor ayudante de Clínica de la Facultad de Medicina de Madrid. (Con doce grabados intercalados en el texto).—Cuaderno 2.º—Precio 2'50 pesetas.—*El Cosmos Editorial*, Madrid, 1885.

**Elementos de Higiene privada y pública**, por el Dr. D. Francisco Javier Santero, catedrático de esta asignatura en la Facultad de Medicina de Madrid, etc. Dos tomos en 4.º mayor, 20 pesetas.—(OBRA DE TEXTO).—*El Cosmos Editorial*, Madrid, 1885.

**Memoria médico-topográfica de Santander** y sus distritos rurales, por el Dr. José Cano y Quintanilla. Folleto de 72 páginas en 8.º—Biblioteca de *El Dictámen*.—Madrid, 1885.